

“La luz que no desfallece”

Bajo el cielo. Antología poética 2011-1985.

GLORIA POSADA

Universidad Veracruzana, Veracruz,
2013, 390 págs.

NACIDA EN 1967 en Medellín, Gloria posada es antropóloga y maestra en artes plásticas. Pero desde la publicación de su primer libro *Oficio Divino* en 1992, su trayectoria está marcada por la escritura de poesía. Poemas breves que retoman viejos contrastes como la sed y el desierto, el desarraigo y la pertenencia y el silencio y su eco. De igual modo, se afirma en todo lo fugitivo que se desvanece, como pueden ser los pétalos que caen o el ceremonial con que el cuerpo se engalana en su desnudez para vivir la muerte. Un año después, en 1993, su segundo título *Vosotras* ya le pone nombre propio a esos íconos femeninos que por aquellas fechas integran un álbum de referentes insoslayables. Tal el caso de Alejandra Pizarnik, tan perceptible en sus líneas; como de Frida, Eréndira o María Sabina, sin olvidar las clásicas Circe, Melusina u Ofelia. Pocos trazos para sintetizar un perfil y crear una sugerencia en torno a esas existencias. Dirá en “Magdalena”:

El Hebreo
que convierte el agua
en vino
Transformó mi Carne
en Verbo.

[pág. 185]

Posesas, cortesanas, brujas, damas en retratos renacentistas: todo un santoral de voces reprimidas o de existencias malbaratadas que tratan de adquirir autonomía en esos concisos camafeos que muestran su adhesión a una línea de conducta. A una impugnación que se hace solidaria con algunas de sus manifestaciones artísticas, en una Medellín sombría, de territorios fragmentados, de tajantes líneas divisorias, entre narcotráfico y retaliaciones, entre armas, sicarios y cuotas de muerte, todos los días, a todas horas. Esa amalgama siniestra de pobreza, avidez económica, presencia rectora de la madre con su caudal de

hijos sin padre y la conversión de todos ellos en guerreros del crimen en moto, bendecidos por los rituales religiosos, en una nueva Edad Media de comunas y reyes y reinas de mal gusto ostentoso. Así lo busca exorcizar esa sección denominada, con acierto, “Periodo de sombra”, donde se pregunta:

Guerrero
qué tierra
recibió tu sangre
en tu última batalla
¿Qué tierra extraña
y no mi piel?

[pág. 169]

Años más tarde, en 2006, resumiré esta dura experiencia, con su concisión habitual:

A Medellín
las heridas
no le han abierto
las entrañas

[pág. 101]

En 1992, aparecerá *La cicatriz del nacimiento*, cuyos versos, junto con los anteriores aquí comentados, ya fueron leídos en mi *Historia de la poesía colombiana...* (Bogotá, Villegas Editores, 2008, págs. 468-471). Acá se señalaba el carácter sacrificial de esta poesía, donde la vestal-mujer-niña se ofrenda en un milenarismo ritual, que de Safo a la Diosa Blanca de Robert Graves, vuelve a tejer la “sucesión de sílabas ensimismadas” [pág. 147].

Ahora, poemas perdidos, borradores no hechos públicos, trabajos conjuntos con fotografías nos brindan un mapa más amplio de sus intereses. De una preocupación que enlaza cuerpo y ciudad, amor y naturaleza, lenguaje y mutación.

Ahora, confiesa su ignorancia, el no saber nada y el perpetuo recommienzo, en el intento tantas veces fallido, donde frutos, seres y pasiones desfallecen en el vacío, en la tierra redentora que, como a los muertos, asegura renovadas y futuras primaveras. Fueron tiempos sombríos, pero si bien tanto la piedra como la rosa se marchitan, algunos vestigios, algunas cicatrices nos honran con esa luz que no desfallece.

La palabra amor
Tantas veces dicha
Tantas veces profanada
Escrita

Rota en el papel
Pronunciada
Regresa del aire
a la tierra
que la recibe
otorgando su perdón

[pág. 158]

Con selección y prólogo de Adolfo Castañón y carátula de Beatriz González, este libro desde México nos incita a leer de nuevo a una válida escritora colombiana.

Juan Gustavo Cobo Borda